

LA BARBARIZACIÓN DEL EJÉRCITO ROMANO

The Barbarization of the Roman Arm

Ignacio Jesús ÁLVAREZ SORIA¹
Universidad de Zaragoza

Resumen

En el presente artículo repasaremos someramente algunos de los hitos más reseñables de la historia militar del Imperio Romano Tardío, haciendo hincapié en el papel de los bárbaros que luchaban junto a los romanos, puesto que la barbarización del ejército romano ha sido uno de los puntos de referencia en las investigaciones acerca de la decadencia y caída del Imperio Romano. En este sentido, analizaremos al papel integrador que tuvo el ejército romano durante buena parte de la historia del Imperio Romano, y estudiaremos los principales hechos que condujeron al final de dicho papel; finalmente esbozaremos las desastrosas consecuencias que tuvo este hecho para el futuro del Imperio, especialmente del Occidental.

Palabras clave: bárbaros, ejército, integración, migración, godos, reclutamiento

Abstract

In this article we will briefly review some of the most important milestones in the military history of the Late Roman Empire. In it we will emphasize the role of the barbarians who fought with the Romans, since the ‘barbarización’ of the Roman army is one of the points of reference in the investigations about the decay and fall of the Roman Empire. In this sense, we will refer to the role played by the Roman army in the integration of foreigners during a large part of the history of the Roman Empire. In addition, we will point out the main events that led to the end of this integrating role; we will also indicate the disastrous consequences this fact had for the future of the Empire, especially for the Western part.

Key words: barbarians, army, integration, migration, goths, recruitment

1 Doctorando del Área de Historia Antigua, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Correo electrónico de contacto: 629657@unizar.es. Fecha de recepción: 14 de noviembre de 2017. Fecha de aceptación: 20 de febrero de 2019.

Desde que Edward Gibbon escribió *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788),² hace más de 200 años, se ha debatido la cuestión de la ruptura brusca o el cambio gradual en la última etapa de la Antigüedad, destacando las siguientes preguntas: ¿Fue el Imperio destruido por los bárbaros o cayó como consecuencia de condiciones internas en inevitable decadencia? ¿Roma cayó o se transformó?

Sobre este período las distintas escuelas historiográficas han proyectado visiones románticas y nacionalistas, como ejemplifica claramente la terminología: lo que en Alemania se conoce como Gran Migración, en Francia se denominan Invasiones Bárbaras. No obstante, esas mismas interpretaciones son las que condicionan también la visión sobre los recién llegados, quienes para unos eran nobles salvajes que llegaron desde las zonas de más allá del Rin y los Alpes para revigorizar un Imperio en decadencia y conservar su herencia, y para otros eran individuos primitivos y brutales que se dedicaron a devastar el mundo civilizado. Por ello, a causa de la influencia de las perspectivas nacionalistas, no es de extrañar que fuese en Austria y Bélgica, antiguas zonas fronterizas en las que lo bárbaro y lo romano entraban en contacto, donde se asumieron nuevos puntos de vista más conciliadores. Investigadores como Alfons Dopsch (*Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen kulturentwicklung aus der Zeit von Caesar bis auf Karl den GroBen*, 1918-1920)³ y Henri Pirenne (*Mahomet et Charlemagne*, 1937)⁴ derivaron la atención de lo político y lo militar hacia enfoques de desarrollo económico y cultural, concluyendo que los nuevos aportes poblacionales no afectaron de manera decisiva a la sociedad antigua de la mayoría de las provincias del Imperio Occidental. Los nuevos modelos trajeron una importante controversia y transformaron algunos de los paradigmas más asentados, al asegurar, por ejemplo, que el final de la Antigüedad y el principio de la Medievalidad no pueden explicarse simplemente por la caída del Imperio romano Occidental.⁵

2 Para consultar esta obra hemos acudido a la edición de José Mor Fuentes: Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Madrid, Turner, 2006. (4. Vols.)

3 Para este artículo hemos consultado la edición de Alfons Dopsch, *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea: De César a Carlomagno*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982.

4 Hemos utilizado la edición de Esther Benítez: Henri Pirenne, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 1981.

5 Walter Pohl, ed., *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*, Leiden, Brill, 1997, p. 1.

A partir de la década de 1960, la perspectiva socio-económica empezó a ganar adeptos gracias a trabajos como el de Lynn T. White, quien proponía una fórmula de «transformación» frente a la de «decadencia» de Gibbon.⁶ Por su parte, en 1984, Alexander Demandt publicó una obra en la que exponía las distintas explicaciones o causas que se daban a la desaparición de la romanidad, estableciendo seis tipos diferentes.⁷ Cinco de los cuales hacían referencia a factores endógenos como el declive biológico, las tensiones sociales, el ocaso económico, el cambio de mentalidad y la decadencia moral. Además, el autor señalaba un sexto factor exógeno como su favorito, las invasiones bárbaras, puesto que consideraba que el resto de factores ya existían en la sociedad romana con anterioridad. Ha habido otras muchas hipótesis a partir de entonces; por ejemplo, Walter Goffart interpretó que las invasiones del siglo V, realmente destructivas, fueron consecuencia de los desórdenes internos que llevaron a la retirada de tropas de las fronteras, ya que cualquier concentración extraordinaria de las mismas fuera del control del emperador reinante podía llevar a una usurpación;⁸ para ello exponía el ejemplo de Nórico, puesto que allí fue, en el momento en que Odoacro mandó evacuar a todas las tropas hacia Italia en 488, donde se acabó por destruir un sistema defensivo en el Danubio que había funcionado durante siglos y había permitido desarrollar la vida urbana en la zona.⁹

1. LOS PROBLEMAS DEL RECLUTAMIENTO ENTRE CIUDADANOS

La idea de la barbarización del ejército romano —un factor fundamental en la evolución del mismo junto al aumento de la importancia de la caballería— ha sido utilizado como explicación de la caída del Imperio; un proceso que desde finales del siglo IV ya parece irreversible. Lo cierto es que en la Tardoantigüedad encontramos multitud de tropas de origen extranjero combatiendo dentro o junto al ejército romano, bien contra otros bárbaros, bien contra otros romanos; aunque las armas las empuñasen bárbaros, la tradición, la disciplina, el entrenamiento, los modos de combate

6 Lynn T. White, *The Transformation of the Roman World. Gibbon's Problem after Two Centuries*, Oakland, University California Press, 1966.

7 Alexander Demandt, *Der Fall Roms: die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der Nachwelt*, München, Beck, 1984.

8 Walter Goffart, *Rome's Fall and After*, London, Hambleton, 1989.

9 Walter Pohl (ed.), 1997, p. 2.

y las tácticas romanas perduraron al menos hasta la década de 370, entre-gándoles la superioridad. Mas, también es cierto que parece que el prestigio del oficio de las armas entre los ciudadanos romanos había decaído en esa época, como muestran las reticencias de muchos al reclutamiento. Estas reticencias las encontramos claramente en las leyes de Teodosio, que muestran la situación de 378 en adelante y con las que se trataba por todos los medios de evitar la evasión del servicio militar por parte de los ciudadanos romanos. Por ejemplo, la ley VII.22.9¹⁰ del *Codex Theodosianus* obligaba a los hijos de veteranos a alistarse —una medida que realmente llevaba en vigor desde 313 y que fue modificada en 326 por Constantino, ofreciendo la posibilidad a los hijos de veteranos de entrar en la curia local, aunque pronto esta posibilidad fue eliminada. O las leyes VII.13.8¹¹ y VII.13.11¹² de dicho *Codex*, en las que se establecían penalizaciones para aquellos que enviaban al ejército esclavos, en vez de hombres libres, y débiles, en vez de hombres fuertes, o de alguno de los grupos excluidos¹³ — aunque la ley VII.13.16 de 406 es una muestra de la situación de emergencia en la que se encontraba el Imperio, pues los escrúpulos respecto a los esclavos habían desaparecido y eran llamados a las armas a cambio de la libertad y dos *solidi*.¹⁴ A lo que hay que añadir lo recogido en la ley

10 Cod. Theod. VII.22.9: «Quicumque castrensi stirpe progenitos diversis se officiis indiderunt, etiam manu iniecta retrahantur, sciantque veterani liberos suos, quos militaribus aptos muniis insitum robur ostendat, aut offerendos esse militiae aut obnoxios nostrae legis laqueis iam futuros.»

11 Cod. Theod. VII.13.8: «Inter optimas lectissimorum militum turmas neminem e numero servorum dandum esse decernimus neve ex caupona ductum vel ex famosarum ministeriis tabernarum aut ex cocorum aut pistorum numero vel etiam eo, quem obsequii deformitas militia secernit, nec tracta de ergastulis nomina. Poenam etenim gravis dispendii nulla excusatione fugituri sunt, si hoc cuiusdam indicio illustribus viris magistris equitum peditum fuerit intumatum. Sed cum illum animadversio dura damnavit offerentem, tum triplicata nobilioris tironis fatigabit illatio.»

12 Cod. Theod. VII.13.11: «quisquis mancipium iuris alieni in tirocinium militiae duxerit offerendum, convictus ac proditus auri libram aerario nostro cogatur inferre.»

13 Estos excluidos eran, a parte de los esclavos, los que estaban relacionados con profesiones infamantes o esenciales; al igual que los ciudadanos con una posición respetable, como los curiales. Pat Shouthern y Karen R. Dixon, *The late Roman army*, Abingdon, Routledge, 2014, p. 67.

14 Cod. Theod. VII.13.16: «Contra hostiles impetus non solas iubemus personas considerari, sed vires, et licet ingenuos amore patriae credamus incitari, servos etiam huius auctoritate edicti exhortamur, ut quamprimum se bellicis sudoribus offerant, praemium libertatis, si apti ad militiam arma susceperint, pulveratici etiam nomine binos solidos accepturi: praecipue sane eorum servos, quos militia armata detentat, foederatorum nihilo minus et dediticiorum, quoniam ipsos quoque una cum dominis constat bella tractare.»

VII.13.10¹⁵, en la que se intentaba acabar con una práctica utilizada para evadir el reclutamiento, la automutilación, estableciendo que dos hombres mutilados tomarían el lugar de uno sano en las filas —una medida mucho más moderada que la impulsada por Valentiniano I en 368 y recogida en el *Codex Theodosianus* en VII.13.5,¹⁶ en la que penaba a ser quemado vivo a quien cometiese la mutilación para evitar el servicio militar.¹⁷

Diocleciano estableció un sistema de leva anual para reponer las bajas en las filas romanas, según Amiano Marcelino (XXXI, 4, 4), aunque a veces era sustituida por un impuesto especial (*aurum tironicum*).¹⁸ La leva de reclutas seguía el mismo criterio que el pago de impuestos, la propiedad de la tierra, resultando en una imposición que recaía especialmente sobre la población rural. Como proporcionar un recluta era difícil y caro para muchas familias, —por consiguiente, solo medianos y grandes propietarios podían enviar más de uno proveniente de los colonos de sus propiedades—, para facilitar ese reclutamiento, se crearon asociaciones de pequeños campesinos (*temones* o *capitula*) para hacerse responsables colectivos de proporcionar un único recluta anual, turnándose para ello. El abuso de este sistema era inevitable y, de hecho, muchos gobernadores se enriquecieron, cargando a los propietarios de tierras con tasas de conmutación; además de que las recompensas para los voluntarios se fueron haciendo cada vez más reducidas. Finalmente, para evitar corrupelas, Valente en 375 estableció una tasa de 30 *solidi* por recluta y 6 más por el equipamiento y los víveres. Esos 36 *solidi* eran entregados por los grandes y medianos propietarios o el *capitulo* (tal y como se recoge en el

15 Cod. Theod. VII.13.10: «Qui spurca amputatione digiti usum declinat armorum, non evadat illa quae vitat, sed insignitus macula ferat impositum militiae laborem qui declinaverit dignitatem. Ipsi quin etiam provincialibus, qui ex horum ausis iuniorum saepe patiuntur penuriam praebendorum, haec optio immobilis decernatur, ut tempore dilectus agitandi, ubi commune coeperint conveniri, duos mutilos iuniores pro uno integro eminentiae tuae dispositionibus offerant.»

16 Cod. Theod. VII.13.5: «Si quis ad fugienda sacramenta militiae fuerit inventus truncatione digitorum damnum corporis expedisce, et ipse flammis ultricibus concremetur et dominus eius, qui non prohibet, gravi condemnatione feriatur.»

17 Shouthern y Dixon, 2014, pp. 52-53.

18 Amm. XXXI.4.4: «verum pubescente iam fide gestorum, cui robur adventus gentilium addiderat legatorum, precibus et obtestatione petentium citra flumen suscipi plebem extorrem: negotium laetitiae fuit potius quam timori, eruditus adulatoribus in maius fortunam principis extollentibus, quod ex ultimis terris tot tirocinia trahens ei nec opinanti offerret ut conlatis in unum suis et alienigenis viribus invictum haberet exercitum, et pro militari supplemento, quod provinciatim annum pendebatur, thesauris accederet auri cumulus magnus.»

Codex Theodosianus VII.13.7.2)¹⁹ para evitar perder a sus hijos o parte de su fuerza de trabajo. No obstante, pese a todos estos esfuerzos, en el siglo IV el Imperio sufría gran escasez de reclutas, causada por la devastación que se produjo en las zonas fronterizas, especialmente en el Rin y el Danubio, durante el siglo III, impidiendo que esas zonas pudiesen mantener el reclutamiento para un ejército con el que probablemente estuviesen más implicados por la proximidad y la necesidad que otras regiones del Imperio. A lo que también contribuyó la despoblación causada por las plagas que azotaron a la población romana en la época. Otro problema era que los reclutas escapasen antes de llegar a sus unidades. Como se ve en una carta del *comes orientis* de Valente dirigida desde Antioquía a los oficiales de la Tebaida, en la que nos informa de que muchos de los reclutas se marchaban (Mitteis, *Cbr.* I 469). Para reducir esas fugas, a veces eran encerrados durante la noche, quizás en las prisiones de los lugares en los que pernoctaban, para continuar la marcha al día siguiente (*V. Pach.* 4).²⁰ A pesar de estas precauciones, como señalan Southern y Dixon, la desertión era una práctica relativamente común, especialmente en las unidades recién reclutadas.²¹

Para luchar contra ese problema, la legislación establecía que a los nuevos reclutas debían hacerles tatuajes identificativos para reconocerlos si desertaban (*CTh.* X.22.4²²); o el ejemplo de la orden de Valente de golpear con garrotes hasta la muerte a los monjes que se negasen a entrar en el ejército como se les había ordenado.²³ Otras tres leyes abordaron este problema en 380, 382 y 403 ; pero probablemente, no sea solo fruto de

19 Cod. Theod. VII.13.7.2: «Ne aliquid dubium relinquatur, et solidorum numerum, qui temonario inferendus est, designamus, ut, sive senator honoratus principalis decurio vel plebeius tironem suo ac sociorum nomine ex agro ac domo propria oblaturus est, ita se a coniunctis accepturum solidos noverit, ut integri pretii modus in triginta tantummodo et sex solidis colligatur, ut deducta portione, quae parti ipsius competit, reliquum consequatur, sex tironi gratia vestis ac sumptuum praebiturus.»

20 *V. Pach.* 4: «[...] Cumque navi fuisset inter alios ad peregrina transvectus, ad civitatem quamdam vespera urgente delati sunt. Cives ergo loci illius, videntes tirones arctius custodiri, et quid illis accidisset edocti, pictate moti sunt, et, iuxta mandatum Christi, solatia in maximo moerore positis, et necessaria corporis attulerunt. [...]»

21 Southern y Dixon, 2014 pp. 67-69.

22 Cod. Theod. X.22.4: «Stigmata, hoc est nota publica, fabricensium brachiis ad imitationem tironum infligatur, ut hoc modo saltem possint latitantes agnosci: his, qui eos susceperint vel eorum liberos, sine dubio fabricae vindicandis, et qui subrepta quadam declinandi operis ad publicae cuiuslibet sacramenta militiae transierunt.»

23 A.D. Lee, *War in Late Antiquity: a social History*, Oxford, Blackwell, 2007, p. 80.

esta época, sino que antes no había tantas dificultades para encontrar nuevos reclutas y sustituir a los desertores. Tampoco faltaban incentivos para hacer el oficio de las armas más atractivo; por ejemplo, al realizar el juramento, el soldado quedaba exento del impuesto de la *capitatio*, una excepción que en 311 se extendió a cuatro parientes del soldado. Bajo Constantino, a partir de 325, los *comitatenses* y *ripenses* tenían garantizada la inmunidad fiscal, así como sus padres y esposas (*CTh.* VII.20.4pr).²⁴ No obstante, esa posición privilegiada fue revisada por Valente, quien en 370 redujo la exención al soldado y la esposa (*CTh.* VII.13.6pr).²⁵ Cinco años más tarde, parece que los *ripenses* seguían igual, pero los *comitatenses* vieron cómo se garantizaba la inmunidad también para sus padres tras cinco años de servicio (*CTh.* VII.13.7.3).²⁶ Ante esa escasez de hombres, no es de extrañar que los emperadores recurriesen a bárbaros para cubrir los huecos en las distintas unidades; como tampoco lo es que negociasen con caudillos bárbaros para levantar contingentes temporales que luchasen en campañas específicas. No obstante, la derrota de Adrianópolis se tradujo, no solo en las pérdidas humanas, sino también en la desaparición de la disciplina y el entrenamiento plenamente romano de esos hombres. Pues si en el pasado había sido posible reconstruir sistemática

24 Cod. Theod. VII.20.4pr: «Comitatenses et ripenses milites atque protectores suum caput, patris ac matris et uxoris, si tamen eos superstites habeant, omnes excusent, si censibus inditi habeantur. Quod si aliquam ex his personis non habuerint vel nullam habuerint, tantum pro suo debent peculio excusare, quantum pro iisdem, si non deessent, excusare potuissent, ita tamen, ut non pactione cum alteris facta simulato dominio rem alienam excusent, sed vere proprias facultates.»

25 Cod. Theod. VII.13.6pr: «Si oblati iunior fuerit, qui censibus tenetur insertus, ex eo tempore, quo militiae sacramenta susceperit, proprii census caput excuset ac, si quinquennii tempus fida obsequii devotione compleverit, uxori quoque capitacionem merito laborum praestet immunem, ea scilicet servanda ratione, ut, quam sibi uxorem copulaverat affectu et in priore lare derelictam memorarit, improbatam census sarcinam sustineat.»

26 Cod. Theod. VII.13.7.3: «Ipsorum etiam, qui militaturi sunt, privilegiis accedentibus facilius devotio provocatur, videlicet ut universi, qui militaria sacramenta susceperint, eo anno, quo fuerint numeris adgregati, si tamen in suscepto labore permanserint, immunes propriis capitibus mox futuri sint. Completis vero quinque annorum stipendiis qui comitatensibus numeris fuerit sociatus, patris quoque et matris nec non et uxoris suae capitacionem meritis suffragantibus excusabit. Ii vero, qui in ripa per cuneos auxiliisque fuerint constituti, cum proprio capite uxorem suam tantum post quinque annos, ut dictum est, praestent immunem, si tamen eos censibus constiterit adtineri. Et quia publica utilitas quoque cogitanda est, ne sub hac indulgentia insertae capitacionis numerus minuat, ex incensitis adque ad crescentibus in eorum locum, qui defensi militia fuerint, alios praecipimus subrogari.»

y metódicamente un ejército plenamente romano, a partir de entonces se hizo imposible no contar con importantes contingentes de extranjeros, especialmente en una situación precaria y peligrosa como la de entonces, en la que había que hacer frente a graves amenazas.²⁷

Entonces, ¿qué causaba ese rechazo, especialmente cuando el Imperio estaba amenazado? Según Liebeschuetz, muchos de los ciudadanos no eran conscientes de la gravedad de la situación; ellos estaban preocupados primeramente por la defensa de sus hogares y sus pueblos, más que en el reclutamiento y envío a zonas lejanas de los más capacitados. De hecho, el enviar a hombres fuertes y sanos lejos de sus hogares suponía un problema porque se alejaban de sus obligaciones familiares y económicas. También puede que esa falta de patriotismo se debiese a la desilusión causada por la corrupción del gobierno y la extorsión de los impuestos, además del brutal comportamiento de algunas unidades militares para con los civiles. Más aún, cuando peligraba el suministro de alimentos —como cuando Gildo cortó el suministro desde África—, los propietarios tenían muchas reticencias a enrolar a sus colonos (Symm. *Ep.* 6; 58; 62; 64). Una actitud que pudo deberse también, de acuerdo con Shouthern y Dixon, a que confiasen en llegar a un acuerdo favorable con el enemigo o a que no quisiesen perder su mano de obra, que garantizaba su seguridad financiera. El resultado fue que el gobierno se vio obligado a buscar alternativas entre los bárbaros cada vez con mayor frecuencia; para ellos el servicio tenía mucho más atractivo, ya que suponía la posibilidad de mejorar su nivel de vida, lucrarse y ascender socialmente.²⁸

2. LOS BÁRBAROS DENTRO DEL EJÉRCITO ROMANO: FORMA DE INTEGRACIÓN Y ROMANIZACIÓN

Ante todo, hemos de tener en cuenta que los factores fundamentales de cambio del ejército romano de esta época que hemos señalado anteriormente, a saber, el aumento de valor de la caballería y la barbarización de la tropa, no fueron obra únicamente de Diocleciano y sus sucesores; sino que en su época solo se dio un paso más en una evolución iniciada a mediados del siglo II. Hemos de tener en cuenta que emperadores como Maximiano,

27 Shouthern y Dixon, 2014, pp. 53 y 69.

28 J. H. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pp. 20-21.

Galerio, Diocleciano o Constantino I lucharon sus guerras y lanzaron sus expediciones con ejércitos compuestos por reclutas, *uxillationes* de distintas legiones y amplios cuerpos de caballería, en los que había una importante presencia extranjera; es decir, ejércitos muy distintos a los del siglo I. Por ejemplo, Caracalla, para su campaña parta, reclutó varias unidades de *foederati* entre los moros, afamados lanzadores de jabalinas montados (Cass. Dio 78 [79] 32.1) —de hecho, estas tropas étnicas de Mauritania fueron parte del ejército de Severo Alejandro para sus guerras contra persas y germanos, y fueron también las que acompañaron a Maximino el Tracio a Italia en 238 (Hdn. VIII.1.3; Zos. I.15.1; Zonar. 126.7)—, así como entre los germanos.

A esta presencia cada vez más numerosa debemos unir que el incremento de la asimilación de las tropas auxiliares compuestas por extranjeros con las legiones regulares se estaba produciendo desde el siglo I, de manera que la distinción táctica entre ellos quedó obsoleta a finales del siglo II. Por el contrario, de acuerdo con Strobel, las fuerzas de *foederati* tenían su propia organización interna y cumplían las funciones de las antiguas tropas auxiliares; pero no fueron los únicos extranjeros en el ejército en esa época, pues el aumento de los mercenarios y las tropas de origen extranjero en las filas romanas, especialmente de origen germánico, es un fenómeno característico del siglo III. Según este mismo autor, fueron las luchas internas y las graves pérdidas causadas por las guerras civiles y períodos de epidemias los que crearon la necesidad de contar rápidamente con tropas entrenadas para hacer frente a las amenazas inminentes. Hemos de tener en cuenta que los usurpadores solo contaban con tropas fronterizas bajo su mando, de manera que necesitaban reforzar sus contingentes para enfrentarse a otras fuerzas romanas, bien de otros usurpadores, o bien el ejército de campo del emperador reinante.

Un ejemplo claro de esta contratación de tropas bárbaras en un momento de necesidad ocurrió durante el reinado de Marco Aurelio, quien, para su campaña más allá del Danubio de 169, contrató contingentes de germanos, así como esclavos, gladiadores y bandas de salteadores de Dalmacia y Dardania. Pero también con Cómodo está atestiguada la existencia de, al menos, una unidad de caballería bárbara (*equites Gentium peregrinarum*). Y sabemos que *Gothi gentiles*, probablemente contratados por Septimio Severo para su segunda guerra pártica, servían en Arabia en 208. Por su parte, Caracalla formó una guardia montada con federados escitas, es decir, godos, y germanos, llamados Leones. Asimismo, está probada la presencia de mercenarios barbaros, tanto europeos como orientales, en

Egipto en 203. Además, en 251, un importante número de tropas de caballería mercenaria servían en la Cohorte XX *Palmyrenorum* en Dura Europos; al igual que encontramos *salarati peregrini* sirviendo en una unidad de *peregrini cataphractarii*, una unidad fuertemente armada de caballería extranjera atestiguada en Egipto en 267 (*P. Oxy.* 41.2951). Pero en ocasiones, los extranjeros, ya fuesen cautivos de guerra o desertores, eran organizados en *numeri* regulares del ejército. Por ejemplo, Caracalla añadió hombres del norte del Danubio a su ejército cuando marchaba hacia el este para luchar contra Partia. Gordiano II también contrató germanos y godos para su campaña persa, siendo mencionados específicamente por Shapor I. Asimismo, Valeriano contrató tropas germanas para el Este en 258 y mercenarios partos lucharon con Severo Alejandro en sus campañas en Germania. Maximino el Tracio también tenía catafractos partos bajo su mando, ya fuesen mercenarios, desertores o prisioneros de guerra enrolados en el ejército; y a partir de 238 hay una importante fuerza de caballería germana, *foederati* godos, y de otros mercenarios contratados para la guerra danubiana, que le siguieron hacia Italia. Sin embargo, parece que estas tropas eran solamente movilizadas o contratadas para luchar en las guerras del Imperio y después desmovilizadas, como muestran las campañas de Trajano. Por eso lo conocemos fragmentariamente.²⁹

No obstante, no hay duda de que fue durante la Tetrarquía cuando las unidades de extranjeros fueron haciéndose más comunes entre las tropas de elite de los ejércitos de campo; por ejemplo, en 312, parte de las tropas de Constantino I estaban constituidas por prisioneros de guerra, unidades que luego formaron parte de los *Auxilia Palatina*; de hecho, Zósimo (II.15.1) asegura que el ejército de Constantino I en la Batalla de Puente Milvio estaba compuesto por germanos, galos y britones.³⁰ Sin embargo, tal y como señala Strobel, durante buena parte de la Tardoantigüedad, la mayoría de los soldados en el ejército romano eran romanos provinciales y las influencias tácticas, de equipamiento y organización de los bárbaros aparecieron en contextos muy limitados.³¹

29 Karl Strobel, «Strategy and Army Structure between Septimius Severus and Constantine the Great», Erdkamp, P., (Ed.) *A companion to the Roman army*, Malden, Blackwell Publishing, 2007, pp. 278-279.

30 Zos. II.15.1: «Recurriendo a aquellos bárbaros que a la sazón mantenía como prisioneros de guerra, a germanos y demás pueblos celtas, reclutó contingentes que, unidos a los destacamentos de Britania [...]» Zósimo, *Nueva Historia*, Madrid, Gredos, 1992. Introducción, traducción y notas de José María Candau Morón.

31 Strobel, 2007, p. 279.

El reclutamiento de tropas de origen bárbaro no se hacía solamente entre poblaciones instaladas fuera de las fronteras del Imperio, sino que había algunas instaladas dentro del mismo en los que podían encontrarse hombres dispuestos a luchar bajo las insignias romanas. Por lo general, ante la emigración tribal, las autoridades romanas respondían de distintas formas. De hecho, el número de bárbaros derrotados (*dediticii*) que eran asentados dentro del Imperio es relativamente alto y es un fenómeno que se remonta a época de Augusto. Así, Augusto asentó a 50.000 getas en *Moesia*; Tiberio 40.000 germanos en Galia y el Rin; Marco Aurelio recibió a 3.000 *naristae*; Probo admitió a 100.000 bastarnas; y Constantino a 300.000 sarmatas, asentándolos en Tracia, Italia y Macedonia. Unas cifras que parecen excesivamente altas pero que sirven para ilustrar la magnitud del problema, especialmente las de la Tardoantigüedad. Lo habitual fue que los bárbaros entrasen violentamente dentro del Imperio en grupos de tamaño variable; pero también hay ejemplos de poblaciones obligadas a instalarse dentro del Imperio, o invitadas a ello; y también sabemos de rendiciones voluntarias (*deditio in fidem*) a cambio de pasar la frontera.³²

Los acuerdos con estos grupos eran similares, aunque no estandarizados, según Wirth. Si se trataba de una *deditio in fidem* puede que se respetasen unas condiciones mínimas, como el mantenimiento de las instituciones precedentes, eso sí, llevando a cabo las modificaciones pertinentes para adaptarlas al mundo romano. No obstante, el punto central era que debían instalarse en las cercanías de la zona fronteriza de cuya defensa debían hacerse cargo o a la cual debían enviar hombres. Para estos nuevos inquilinos, las fuentes utilizan fundamentalmente dos nombres: *laeti* y *gentiles*. Estos términos hacían referencia a grupos no ciudadanos con distintas consideraciones étnicas, sin que pueda discernirse una diferencia de estatus entre ambas. Pero no parecen términos equivalentes y seguramente hicieron referencia a dos realidades distintas aunque, en ocasiones, *gentiles* y *laeti* parece que estuvieron comandados por los mismos oficiales (*Not. Dig. Oc. XLII, 34; 35; 42; 44*).

El término *gentiles* probablemente hiciese referencia a diferentes grupos de gentes y quizás fuese usado para referirse a las tribus que vivían libremente fuera de las fronteras o dentro del Imperio; alcanzaron tal importancia que llegó un momento en el que unidades de *gentiles* estaban

32 Shouthern y Dixon, 2014, p. 47.

dentro de la guardia personal (*schola*) de Diocleciano, y más tarde en las *scholae* de los *magister officiorum* de ambas partes del Imperio (*Not. Dig. Or. XI, 6; Oc. IX, 7*); además, un gran número de *gentiles* sármatas sirvieron en el ejército de Italia (*Not. Dig. Oc. XLIII, 46-70*).³³

Los *laeti* han sido localizados en Galia e Italia y existían desde época de la Tetrarquía. Parece que originalmente la palabra hacía referencia a los provinciales que eran capturados por los bárbaros y conseguían volver al Imperio, pero en este trabajo tiene otra acepción. Grosse concluyó que se refería a germanos que tenían una condición semi-libre, es decir, que estaban asentados en tierras previamente asignadas y obligados a contribuir al ejército con hombres, siendo una condición hereditaria.³⁴ Una ley de 399 se refiere a las *terrae laeticae* (*CTh. XIII.11.10*),³⁵ lo que parece indicar que sus asentamientos tenían unas tierras de trabajo asignadas. Además, eran supervisados por oficiales militares, aunque en ocasiones fueron asentados en ciudades y quedaban bajo la supervisión de las autoridades civiles. En el ejército, los *laeti* son nombrados por Amiano entre las tropas de Constancio (*XXI.13.16*)³⁶ y en la *Notitia Dignitatum* aparece una docena de *praepositi laetorum* en Galia (*Not. Dig. Oc. XLII, 33-44*).³⁷ En un primer momento fueron repartidos en cuatro regiones: el Rin-Somme, Somme-Loira, Macizo Central y Touée de Belfort, después de Aquitania. Según la *Notitia Dignitatum* había 12 *praefectus* de *laeti*, fundamentalmente provenientes de pueblos germáni-

33 Gerhard Wirth, «Rome and its Germanic partners in the fourth century», en Walter Pohl, (Ed.) *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*, Brill, Leiden, 1997, p. 20; Shouthern y Dixon, 2014, p. 47.

34 Robert Grosse, *Römische Militärgeschichte von Gallienus bis zum Beginn der Byzantinschen Themenverfassung*, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung, 1920, pp. 208-209.

35 Cod. Theod. XIII.11.10: «Quoniam ex multis gentibus sequentes Romanam felicitatem se ad nostrum imperium contulerunt, quibus terrae laeticae administrandae sunt, nullus ex his agris aliquid nisi ex nostra adnotatione mereatur. Et quoniam aliquanti aut amplius quam meruerant occuparunt aut colludio principalium vel defensorum vel subrepticis rescriptis maiorem, quam ratio poscebat, terrarum modum sunt consecuti, inspector idoneus dirigatur, qui ea revocet, quae aut male sunt tradita aut improbe ab aliquibus occupata.»

36 Amm. XXI.13.16: «Omnes post haec dicta in sententiam ibant suam hastasque vibrantes irati post multa, quae benivole responderant, petebant duci se protinus in rebellem. Qua gratia in laetiam imperator versus ex metu, contione mox absoluta, Arbitionem ante alios faustum ad intestina bella sedanda ex ante actis iam sciens, iter suum praeire cum Lanceariis et Mattiariis et catervis expeditorum praecepit, et cum Laetis itidem Gomoarium, venturis in Succorum angustias opponendum, ea re aliis antelatum, quod ut contemptus in Galliis erat Iuliano infestus.»

37 Shouthern y Dixon, 2014, p. 48.

cos: Suevos (4), Batavos (3), Teutones (1 o 2), Francos (1), Nervios (1) y para un grupo no identificado instalado en la región de los Lingones (1).³⁸

El asentamiento de una tribu como *laeti* era una disposición exitosa de cara a su integración en el mundo romano. Una prueba clara de ello es que no parece que hubiese freno alguno para el ascenso de personas nacidas como *laetus*, de hecho, de acuerdo con Zósimo (II, 54), ese era el origen del usurpador franco Magnencio.³⁹ Los francos fueron asentados como *laeti* en las ciudades de Trier, Amiens y Langres por Constancio Cloro tras ser derrotados en batalla; y Juliano confirmó esa realidad cuando se le rindieron los francos salios en Toxandria. Todo lo cual mantuvo la paz durante un siglo. Ellos ampliaron sus territorios poco a poco, mientras los romanos se ocupaban del problema godo. Pero no se levantaron contra ellos, sino que probablemente ocuparon tierras que habían quedado deshabitadas, o se hicieron con ellas a través de presiones, sin violencia.

Los francos asentados en territorio romano desarrollaron unas buenas relaciones con los provinciales, a diferencia de otros bárbaros que continuaron fuera de las fronteras del Imperio; de hecho, los francos establecidos dentro del Imperio no parece que hubiesen tenido demasiados problemas en aceptar una identidad dual. Una muestra de ello es una lápida en la que se recuerda a un hombre que no dudó en calificarse como ciudadano franco y soldado romano.⁴⁰ En este caso, Burns señala que ambos conceptos no debieron ser incompatibles, pues el hombre bien pudo tener una vida social y familiar tribal que no afectaba a su fidelidad hacia Roma. Por tanto, parece que en la frontera norte, las dos culturas fueron confluyendo hasta el punto de que se hace difícil diferenciar arqueológicamente los restos romanos de los bárbaros como entidades distintas: las tropas fronterizas usaban una vajilla hecha a mano y casera, con una mezcla de estilos germanos y romanos.⁴¹

Por consiguiente, de acuerdo con Wirth, la *deditio* fue un método atractivo para bárbaros que querían entrar en las fronteras de Roma en

38 Philippe Richardot, *La fin de l'armée romaine (284-476)*, Paris, Economica, 2005, p. 217.

39 Zos. II. 54. 1: «[...] Magnencio, emperador durante tres años y seis meses, descendiente de bárbaros, pero emigrado a territorio de los letos [...] donde recibió educación latina [...]» Zósimo, *Nueva Historia*, Madrid, Gredos, 1992. Introducción, traducción y notas de José María Candau Morón.

40 *CIL* XIII 3576: «[...] Francus ego ciues, Romanus miles in armis [...]»

41 Thomas S. Burns, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, Indiana University Press, 1984, p. 10; Shouthern y Dixon, 2014, p. 48.

busca de las ventajas de la civilización, al tiempo que ayudó a subsanar los problemas políticos y demográficos de un Imperio en el que aumentaban las muertes y las epidemias. La admisión de *dediticii* dentro del Imperio dependía de que hubiese suficiente tierra vacía administrada por la burocracia imperial; pero, también, y especialmente, de las necesidades militares de los emperadores por contar con esas fuerzas. De manera que fue usual la instalación de *dediticii* como *coloni* en las tierras bajo la administración imperial como fuerza de trabajo, bien por razones fiscales, bien por una necesidad real de poblar ciertas zonas, o bien como reservas de hombres para servir en el ejército. Es probable que estos *dediticii* recibiesen entrenamiento con armas romanas para facilitar la integración en otras unidades; pero difícilmente hubieran llegado a integrarse sin un sustrato de población romanizada con el que pudiesen interactuar habitualmente; y en sus zonas de asentamiento este sustrato había perdido densidad. Podemos suponer que esa integración llegaría a través del servicio en el ejército romano, un sistema acorde al de los antiguos auxiliares. Por su parte, los miembros de la elite tenían más fácil la adaptación, puesto que solían adoptar rápidamente las formas de vida romanas; sin embargo, las masas de hombres y sus familias lo tenían más difícil puesto que vivían como lo hacían en sus lugares de origen salvo cuando estaban bajo las insignias.⁴²

3. LOS BÁRBAROS JUNTO AL EJÉRCITO ROMANO: FRACASO DE LA INTEGRACIÓN

Como hemos señalado anteriormente, los *dediticii* no eran los únicos extranjeros que luchaban por Roma, sino que los *foederati*, los aliados, jugaron un papel cada vez más importante en las guerras de los romanos, pese a que combatían en unidades propias y seguían a sus líderes tradicionales a la batalla.

La política exterior romana se basaba principalmente en el mantenimiento de una posición de fuerza por parte de Roma frente al resto de organizaciones políticas; pero, al mismo tiempo, era necesario que existiesen otros entes políticos con los que llegar a acuerdos de comportamiento, obligaciones, responsabilidades, intereses mutuos y soluciones a determinadas cuestiones, siempre y cuando se aceptase la superioridad romana, impuesta usualmente por el uso de la fuerza. El problema residió en que ese

42 Wirth, 1997, pp. 31-39.

sistema de diplomacia basado en términos de *amicitia*, *foedus* y *deditio* entró en crisis cuando el balance de fuerzas comenzó a ser desfavorable para Roma y los aliados, en vez de elementos complementarios, se convirtieron en esenciales para el funcionamiento de la maquinaria bélica romana.⁴³

En las fronteras, esa práctica diplomática derivó en el sostenimiento de monarquías o pseudo-monarquías fieles al Imperio a través de subsidios en dinero, bienes materiales o ayuda militar, pues era una forma de asegurar los límites en una región en constante cambio. Pero, al mismo tiempo, el drenaje de riqueza fuera del Imperio pudo llevar a la aparición de la ambición de compartir los beneficios de la vecindad romana por parte de grupos más alejados de la frontera, y por parte de los habitantes de las fronteras; hacerse un hueco en el mundo civilizado dio lugar a un proceso de integración no intencionado. Algunas de estas formaciones fueron ya instaladas por Cesar o por Augusto, como es el caso de los ubios (Caes. *Gal.* IV.16.5⁴⁴) o los bátavos (Tacito. *Ger.* I.29).⁴⁵ No obstante, las estructuras políticas del siglo IV eran muy distintas a las que habían conocido los primeros emperadores romanos.

La información de la que disponemos parece indicar que, entre los siglos I y IV, un grupo de caudillos militares desarrolló un tipo de fuerza militar de tamaño reducido pero considerable y la utilizó para imponerse sobre los demás miembros de la sociedad. Ese proceso parece confirmado por restos arqueológicos como el depósito de armas de Ejsbol Mose (Dinamarca), una zona pantanosa en la que aparecieron las panoplias de unos 200 hombres. Estos caudillos devinieron en reyes, que sólo pudieron emerger a través de la violencia para resolver las distintas rivalidades entre caudillos y entre éstos y aquéllos a quienes pretendían dominar.

43 Wirth, 1997, pp. 15-16.

44 Caes. *Gal.* IV. 16. 5: «Ubii autem, qui uni ex Transrhenanis ad Caesarem legatos miserant, amicitiam fecerant, obsides dederant, magnopere orabant ut sibi auxilium ferret, quod graviter ab Suebis premerentur;»

45 Tac. *Ger.* I.29: «Omnium harum gentium virtute praecipui Batavi non multum ex ripa, sed insulam Rheni amnis colunt, Chattorum quondam populus et seditione domestica in eas sedes transgressus, in quibus pars Romani imperii fierent. Manet honos et antiquae societatis insigne; nam nec tributis contemnuntur nec publicanus atterit; exempti oneribus et conlationibus et tantum in usum proeliorum sepositi, velut tela atque arma, bellis reservantur. Est in eodem obsequio et Mattiacorum gens; protulit enim magnitudo populi Romani ultra Rhenum ultraque veteres terminos imperii reverentiam. Ita sede finibusque in sua ripa, mente animoque nobiscum agunt, cetera similes Batavis, nisi quod ipso adhuc terrae suae solo et caelo acrius animantur.»

No podemos olvidar que estos séquitos debían de ser muy costosos de mantener puesto que, como guerreros, no producían su propia manutención y los grupos productores debían proporcionarles sustento a través de la redistribución ejercida por el líder. El equipamiento tampoco era barato, aunque en el depósito danés antes citado no aparecieron armaduras —sin duda, el elemento más caro de la panoplia; de hecho, Amiano Marcelino (XVI.12.24) comenta que, durante la batalla de Estrasburgo, el rey Cnodomario de los alamanes era reconocible porque llevaba armadura, lo que significa que el resto de sus hombres no llevaba ninguna.⁴⁶

Por consiguiente, era indispensable que, por una parte, hubiese excedentes alimentarios u otras formas de bienes negociables que pudiesen intercambiarse por alimentos; y que, por otra parte, los caudillos pudiesen aprovecharse de ellos. A partir de la década de 1950 empezaron a aparecer testimonios concluyentes que avalaron la hipótesis de que durante la época imperial se produjo un cambio espectacular en la práctica agrícola germánica. Un cambio que habría permitido ese aumento de la población, especialmente en los campos fangosos de Alemania y Países Bajos. Los yacimientos de Feddersen Wierde y Wijster muestran mutaciones que les permitieron perdurar y prosperar durante siglos, evolucionando el régimen semi-sedentario que habían desarrollado hasta entonces las poblaciones de la zona. Los hallazgos ponen de manifiesto que partir de finales del siglo I empezaron a instalarse en el mundo germánico prácticas destinadas a conseguir una agricultura más intensiva gracias al abono de la tierra, fundamentalmente con estiércol animal —ambos yacimientos muestran una importante presencia de cabezas de ganado—, y a la utilización de aperos de labranza más desarrollados, como las cuñas y rejas de arado de hierro del siglo IV; no obstante, seguían teniendo unos rendimientos mucho menores que los conseguidos en suelo romano. A estos indicios hay que unir los restos de cementerios germanos de los siglos III y IV, que evidencian un aumento de la población y una mayor permanencia de la misma. Este aumento demográfico y estos cambios en el sistema productivo germánico fueron estimulados por la propia Roma, cuya presencia supuso un impulso muy fuerte a la demanda de determinados recursos, demanda que, en parte, recayó sobre las poblaciones de más allá de la frontera. Y probablemente fue Roma quien les proporcionó la tecnología y las ideas necesarias para llevar a cabo la evolución de la agricultura y la ganadería con el objetivo de conseguir los sumi-

46 Peter Heather, *Emperadores y bárbaros*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 68-69.

nistros necesarios para las tropas instaladas en la región y evitar el gasto en el traslado de suministros desde otros lugares del Imperio.⁴⁷

Todo ello no quiere decir que las formaciones con las que convivieron Augusto, Marco Aurelio o Caracalla fuesen las mismas con las que se enfrentaron los emperadores del siglo IV, sino que en la frontera romana eran frecuentes los períodos de inestabilidad, que llevaban a la anulación, práctica o total, de los pactos. La reacción romana ante esa inestabilidad, que solía desencadenarse por la desaparición o el inicio de una actitud hostil de un antiguo rey cliente, era metodológicamente similar a lo largo de buena parte de la época imperial. En general, Roma trataba de mantener una política agresiva basada en buena medida en su superioridad militar, como evidencia el relato que ofrece Amiano Marcelino (XVII.12) de la expedición de Constancio II contra sármatas y cuados en 359. Según este autor, tras el ataque que se desencadenó contra los pueblos fronterizos justo después del equinoccio de primavera, una vez derrotados los enemigos, el emperador procedió a sentenciar a los distintos grupos y caudillos.

De acuerdo con Heather (2010), el objetivo de estas sentencias era restablecer el sistema de alianzas vigente hasta entonces o de la forma que conviniese más a Roma; lo que conllevaba romper las alianzas demasiado grandes y, por tanto, potencialmente peligrosas, dando la independencia a algunos caudillos secundarios, como Zizais (Amm. XVII.12.20).⁴⁸ Otra práctica común era invitar a negociar a dinastas y líderes enemigos y luego secuestrarlos o asesinarlos. Con los nuevos acuerdos, Roma lograba la reestructuración de su frontera y la búsqueda de compensaciones económicas para subsanar el esfuerzo bélico; en ocasiones se incluía el reclutamiento de jóvenes para las tropas romanas o la toma de rehenes entre las elites, además de conseguir que todos los cautivos romanos fuesen devueltos a territorio imperial. Según el grado de culpabilidad en los disturbios, el tratado imponía cargas en forma de mano de obra, reclutas, materias primas o alimentos; o, por el contrario, si habían favorecido a Roma, se les concedía la independencia o privilegios comerciales.

47 *Ibidem*, pp. 69-74 y 97.

48 Amm. XVII.12.20: «Atque ut restitutio libertatis haberet dignitatis augmentum, Zizaim regem isdem praefecit, conspicuae fortunae tum insignibus aptum profecto, ut res docuit, et fidelem, nec discedere quisquam post haec gloriose gesta permissus est antequam, ut placuerat, remearent nostri captivi.»

Por otra parte, la política de subsidios para los reyes que habían pactado con Roma era habitual en la política exterior romana. Siguiendo de nuevo a Heather, estos subsidios periódicos — que se materializaban en pagos anuales en moneda o metal sin acuñar y también en regalos como joyas o tejidos costosos—, no deben considerarse una forma de tributo, sino una forma de apuntalar la posición de los caudillos con los cuales se había alcanzado el acuerdo. No obstante, cualquier reducción de volumen o calidad de regalos recibidos podía ser motivo de crisis. Así se constata en 364 cuando Valentiniano I decidió reducir de manera unilateral la entrega a los alamanes, provocando el ascenso de una nueva elite cuando algunos grupos se trasladaron a la frontera para sustituir a los beneficiarios de esos subsidios.

Así pues, la rivalidad por el control de la afluencia de riquezas multiplicó el fenómeno de transformación que estaba sufriendo la sociedad germánica. Lo que, a su vez, implicaba que Roma seguía entregando regalos a los vencedores de unas luchas que habían escapado a su control. Con todo ello Roma conseguía que los acuerdos perdurasen durante unos 20 o 25 años tras una expedición militar de envergadura, de manera que el sistema de intervención se basó en la realización de campañas ocasionales pero efectivas por parte de los romanos para mantener su posición dominante.⁴⁹

La paradoja que subyace en esta situación en la que Roma es una vencedora que paga a los vencidos, indica el escaso conocimiento que tenemos de la política exterior romana. Debemos tener en cuenta lo caro que hubiese sido mantener un gran número de tropas en estado de guerra constante en todas las fronteras. Para evitar esa situación, el Imperio buscó pacificar esas fronteras con el mínimo esfuerzo posible a través de este sistema de tributos.⁵⁰ También hay que considerar que, al igual que era deber del caudillo o rey bárbaro redistribuir la riqueza, Roma podía alcanzar —a través del subsidio y el compromiso con sus vecinos—, una posición de liderazgo más allá de sus fronteras, una mano de hierro en guante de seda. Al mismo tiempo, los distintos tratos podían expresar diferentes grados de dominio, concretados especialmente en las exigencias impuestas o acordadas por Roma. No obstante, la necesidad de celebrar supuestas victorias totales y conquistas por parte de los distintos emperadores pudo llevar a los histo-

49 Peter Heather, *Emperadores...*, pp. 107-112.

50 Y lo hace de forma similar a la implantada en otros momentos históricos por formaciones políticas en disgregación. Las parias pagadas entre cristianos y musulmanes para mantener el equilibrio de fuerzas en la Península Ibérica tras la fragmentación del califato de Córdoba en el siglo XI constituye un ejemplo de ello.

riadores a una idea equivocada de la política exterior romana, basada más en la propaganda que las autoridades hacían llegar a las ciudades que en información fehaciente.⁵¹

Como consecuencia de los cambios acontecidos en la frontera romana entre los siglos I y VI, los nuevos inquilinos no podían ser integrados en la sociedad romana como *gentiles* o *laeti*. Los ejemplos de los alamanes y los godos del siglo IV son una muestra de un cambio político, social y cultural que condujo a una mayor solidez de las formaciones que estaban en la frontera con Roma.

El análisis de la información que se ha conservado para el siglo I muestra que importantes caudillos como Arminio o Maroboduo (Tac. *Ann.* II.88), aunque consiguiesen reunir a un grupo de seguidores considerable, si eran derrotados, su grupo se disolvía rápidamente; y, en caso de no ser derrotados, era relativamente fácil que sus fuerzas se disgregasen ante cualquier problema interno. Sin embargo, la derrota de Cnodomario y los alamanes en Estrasburgo frente a Juliano no supuso el fin de la confederación; además, en este caso, muchos de los reyezuelos alamanes fueron conservados en sus puestos por parte de los romanos y de sus congéneres y, tras una década, un nuevo caudillo supremo ascendió y volvió a enfrentarse a Roma, Vadamario (Amm. XXI.3-4). Aunque fue rápidamente asesinado, pronto ocupó su lugar Macriano, a quien también se intentó eliminar por el mismo método pero, tras tres fallidos intentos, Valentiniano I cejó en su empeño y reconoció su preminencia (Amm. XXVIII.5; XXIX.4; XXX.3). De manera que ni la derrota militar ni la desaparición del líder supusieron el punto final de la confederación. Por consiguiente, podemos suponer que entre los alamanes hubo cierta identidad política mucho más firmemente arraigada que entre sus antepasados —pues no fue una unión que se alzó y se derrumbó con la carrera de un solo individuo— al igual que unas convenciones políticas y diplomáticas comunes. Lamentablemente no tenemos información suficiente para determinar si existió un fenómeno similar entre los francos, los burgundios o los sajones. Es cierto que en el siglo IV los francos tuvieron multitud de reyes, pero el estado actual de los estudios no permiten afirmar que existiese una base de identidad política colectiva que

51 Peter Heather, «Foedera and foederati of the fourth century», en Walter Pohl (Ed.) *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*, Brill, Leiden, 1997, pp. 71-72.

posibilitase una actuación conjunta a largo plazo o, incluso, una capacidad de recomponerse en caso de grave derrota.⁵²

Sin embargo, ese tipo de identidad no estuvo presente solo entre los alamanes, sino también entre los tervingios, una confederación dominada por los godos que en el siglo IV se encontraba instalada al pie de los Cárpatos. La información que poseemos de ellos nos acerca a los alamanes, pues parece que el control central se transmitió entre miembros de una misma dinastía durante, al menos, tres generaciones. entre c. 330 y c. 370,⁵³ ostentando el título de juez, hecho que confirió al cargo un carácter más hereditario y menos inestable; al mismo tiempo, ese juez dirigió una confederación compuesta por pequeños reyes y príncipes, al igual que ocurría entre los alamanes y otros pueblos germánicos. Por otra parte, entre los tervingios también existieron unos lazos lo suficientemente fuertes como para sobrevivir a una dura derrota, como la sufrida a comienzos de la década de 330 a manos de Constantino, de la cual, no sólo pervivió la confederación, sino que la dinastía conservó el poder y una generación después trató de librarse de los aspectos más onerosos del tratado de paz.⁵⁴

A todo lo anterior debemos unir la magnitud de las tropas que podían reunir las confederaciones de alamanes y tervingios. Casi con toda seguridad, alamanes y tervingios contaron con una capacidad militar de más de 10.000 individuos; de hecho, los primeros desplegaron a 35.000 hombres en Estrasburgo, aunque no todos eran miembros de la confederación (Amm. XVI.12.26), frente a algo más de 13.000 romanos (Amm. XVI.12.2) que compensaron su inferioridad numérica con la ventaja táctica de vestir armaduras. Por su parte, los tervingios fueron lo bastante numerosos como para enviar, al menos en tres ocasiones, contingentes de alrededor de 3.000 hombres para servir en las guerras romanas contra Persia o en alguna usurpación (Amm. XX.8.1; XXIII.2.7; XXVI.10.3), además de ser lo bastante poderosos como para hacer frente a las hostilidades que desencadenó Valente entre 367 y 369 (Amm. XXVII.5).

Dentro de sus espacios territoriales, las autoridades germánicas fueron, en ocasiones, lo bastante ambiciosas como para imponer cierto grado de

52 Heather, 2010, pp. 61-63.

53 Se trata de Ariarico, un hijo suyo del que desconocemos el nombre y Atanarico, hijo de este personaje anónimo.

54 Herwig Wolfram, *History of the Goths*, Berkeley, University of California Press, 1988, pp. 61-62.

uniformidad cultural. Por ejemplo, cuando los tervingios se opusieron, al menos en dos ocasiones, a la cristianización de sus gentes, impulsada por Roma: en el primer intento, acontecido en 348, los misioneros fueron expulsados y, en el segundo, que tuvo lugar en 369, los godos cristianos fueron perseguidos y algunos ejecutados, lo que fue interpretado por algunos como una venganza contra el imperio.⁵⁵ Al mismo tiempo, el hecho de enviar contingentes en ayuda de Roma a un frente tan lejano como el oriental indica que las autoridades de los tervingios tenían el suficiente poder como para obligar a los distintos caudillos a cumplir lo pactado con Roma, que seguramente no era aceptado de buen grado por su parte.

Así pues, de acuerdo con Heather, las confederaciones del siglo IV se sitúan en el nexo entre estados primitivos y jefaturas complejas: fueron demasiado extensas y demasiado estables y poseyeron un grado de diferenciación social demasiado grande como para integrarlas en el rango de jefaturas simples. Incluso parece que desarrollaron una organización interna algo más evolucionada que la de las jefaturas complejas. No obstante, la falta de datos dificulta extremadamente las posibilidades de formular tesis más precisas e, incluso, algunas conclusiones contienen aspectos contradictorios: por ejemplo, entre los tervingios existió un poder dinástico, pero no existieron funcionarios. No obstante, esta situación resulta habitual al producirse en una etapa de transformación del mundo germánico a escalas muy amplias.⁵⁶

A finales del verano de 376 la mayoría de los godos tervingios se presentaron en la ribera norte del Danubio pidiendo asilo. Estaban capitaneados por Alavivo y Fritigerno, que se habían enemistado con el juez de la confederación, Atanarico. Rápidamente les siguieron los godos greutungos. Valente decidió admitir a los primeros, pero dejó fuera a los segundos (Amm. XXXI.4). Sin embargo, pronto, los greutungos y otros grupos de bárbaros cruzaron el río sin ayuda ni permiso de nadie: los talifalos, algunos hunos y alanos en 377, nuevamente alanos en 378 y algunos antiguos clientes sármatas en 379. De manera que la zona fronteriza del Danubio se convirtió en una región en conflicto entre clientes internos con una relación establecida tiempo atrás, clientes externos e invasores, que luchaban por el control de la frontera y llevaron el conflicto al territorio imperial.

55 Epiph. *Adv. haeres.* III.1.15 (= 70.15.4)

56 Heather, 2010, pp. 81-83 y 94-95.

A pesar de que esta descripción puede parecerse mucho a las teorías invasoristas, autores como Amiano Marcelino presentan una composición mixta de los grupos en cuanto a sexo y edad, formados por miles de personas que trataban de entrar en el Imperio y que negociaron de un modo cohesionado con las autoridades romanas. De manera que según el relato, nos encontramos con un pueblo, una autoridad y un movimiento —o una serie de movimientos de población dirigidos— en los que la idea de invasión y huida jugaron un papel importante. Pero, ¿hasta qué punto podemos dar credibilidad a la narración de Amiano Marcelino? Debemos recordar que la historia era una disciplina literaria que, aunque perseguía la veracidad, no tenía por qué contener la verdad. Amiano Marcelino describió a los tervingios como una confederación en crisis, no como un pueblo sin fisuras; además, parece distinguir claramente entre ejércitos, bandas guerreras o de saqueadores y migraciones de grupos con sus familias. Por lo tanto, su información parece lo bastante sofisticada como para tener una amplia credibilidad, al menos en ese punto.⁵⁷

Además, probablemente, cuando los tervingios pidieron asilo dentro del Imperio sabían que Valente se hallaba enzarzado en un conflicto con Persia, de manera que la ausencia de las fuerzas de choque del Imperio en la frontera impidió que se llevase a cabo la política usual romana a la hora de aceptar inmigrantes, pues no podía someterlos militarmente. Por otra parte, Peter Heather sostiene que estos godos tenían sus propios planes de asentamiento dentro del Imperio: si la actuación romana consistió en dividir a los inmigrantes en pequeños grupos para ser asentados en lugares dispersos, los tervingios pidieron una parte de Tracia para poder participar de la riqueza romana —era una zona muy fértil—, y al mismo tiempo para no perder su cohesión interna. Puede que con esa presión los tervingios buscasen que el Imperio hiciese con Tracia lo mismo que había hecho con Dacia: abandonarla y permitir el asentamiento a modo de estado tapón frente a otros invasores como los hunos.

Parece, pues, que la idea tervingia de asentamiento no fue la usual y hubo un intento de desplazar al Imperio, pese a que estos godos se presentasen en las fronteras como refugiados. Pero solo podían llevar a cabo su idea si lograban disponer en el campo de batalla de una fuerza militar considerable —como probablemente dispusieron sus antepasados para hacerse con el control de la zona norte de la costa del mar Negro— que forzase

57 Heather, 2010, pp. 181-190.

al Imperio a reconsiderar su postura. Ciertamente, ningún reyezuelo hubiese podido hacer frente al emperador con un séquito de apenas unos centenares de hombres, y estos pequeños grupos sólo podían esperar ser admitidos en unidades auxiliares, como había ocurrido en varias ocasiones. Pero para hacer posibles las ambiciones de 376, los líderes godos habrían necesitado movilizar a todos los miembros militarizados de la sociedad, los hombres libres, trascendiendo el uso de la violencia institucional más allá del nivel de los séquitos. Y este fenómeno pudo afectar a varios lugares fronterizos y a varios grupos cohesionados de masas de población. No se puede obviar que las asociaciones políticas complejas que protagonizaron estos movimientos habían evolucionado al calor del contacto con el Imperio y de la interacción de unos con otros, lo que significa que en su seno había gran variedad de clases y derechos y que la complejidad se acrecentó con las alianzas forjadas entre grupos muy dispares. Por consiguiente, no es de extrañar que el Imperio tratase de disminuir su potencial atacando las junturas de ese entramado, ya de por sí frágil.

Por todo ello, a finales del siglo IV y comienzos del siglo V, con el Imperio acosado pero firmemente decidido a resistir, parece que la estrategia diplomática usual de romper alianzas y coaliciones ofreciendo interesantes puestos en el ejército romano a algunos de los caudillos, conseguía reducir la amenaza y, por tanto, era la adecuada dadas las circunstancias.⁵⁸

Al ser supuestamente maltratados, los godos protagonizaron una rebelión entre 376 y 382, infringiendo a sus hasta entonces aliados romanos una derrota crucial en Adrianópolis y dando muerte al emperador Valente. Amiano Marcelino (XXXI.4.7) comparó su cruce del Danubio con la marcha de los persas sobre el Helesponto. Finalmente, en 382, Teodosio instaló a los godos de Fritigerno en Mesia a cambio de remuneración y viveres. Como señala Philippe Richardot, este tipo de relaciones son una muestra de impotencia mutua, de los godos para destruir el Imperio y del Imperio para dejar de ser anfitrión de invasores. Los godos no supieron cómo aprovechar su victoria y pasaron años vagando por los Balcanes y dedicados al saqueo. Pudieron poner fin a esa situación gracias a la instalación dentro del territorio romano y a la integración en el ejército; esto les hizo partícipes de los beneficios de la civilización romana sin el riesgo ni esfuerzo de la conquista y sin los problemas de disgregación, alcanzando un estatus de semi-autonomía. La situación proporcionó un respiro momentá-

58 Heather, 2010, pp. 200-204 y 220-222.

neo a los romanos con una solución inmediatamente rentable. Teodosio había aceptado la instalación de los godos como medida para conseguir pacificar el Imperio y tratar de reconstruir el potencial militar perdido en Adrianópolis, y por ello quedaban obligados a acudir a la llamada a las armas del emperador; sin embargo, aunque nominalmente combatían bajo el mando de un *dux* romano, en realidad seguían a sus propios líderes. Todo ello, según Stickler, unido a la prohibición de matrimonios mixtos, impidió la integración de los nuevos inquilinos del Imperio como ciudadanos romanizados, del modo en que había sido posible en épocas anteriores. Sin duda, los godos demostraron ser una fuente constante de problemas graves, pero la dependencia romana de sus fuerzas, o de las de otros grupos de bárbaros, no hizo sino aumentar tras la batalla del Río Frígido (394). A ello hay que sumar la independencia que mostraron tanto los godos como posteriormente otros federados —los burgundios, por ejemplo—, a la hora de elegir en qué guerras luchaban por Roma y en cuáles se mantenían al margen.⁵⁹

Precisamente ese comportamiento llevó a reacciones por parte de determinados intelectuales y de la población. Por ejemplo, Vegecio abogó por reducir el creciente papel de las tropas bárbaras en los ejércitos romanos del Bajo Imperio a través de las alabanzas hacia el valor de los antiguos romanos y la eficacia de las antiguas legiones (*Mil.* I.28⁶⁰; III.1); Sinesio

59 Richardot, 2005, pp. 332-333; Timo Stickler, «The Foederati», en P. Erdkamp, ed., *A companion to the Roman army*, Malden, Blackwell, 2007, p. 505; P.S. Barnwell, *Emperor, prefects and kings. The Roman west (395-565)*, London, Duckworth, 1992, p. 77.

60 *Veg. Mil.* I.28: «Haec fidei ac deuotionis intuiti, imperator inuicte, de uniuersis auctoribus, qui re militaris disciplinam litteris mandauerunt, in hunc libellum enucleata connessi, ut in dilectu atque exercitatione tironum si quis diligens uelit existere, ad antiquae uirtutis imitationem facile conrobore possit exercitum. Neque enim degenerauit in hominibus Martius calor nec effetae sunt terrae, quae Lacedaemonios, quae Athenienses, quae Marsos, quae Samnites, quae Pelignos, quae ipsos progenuere Romanos. Nonne Epiri armis plurimum aliquando ualuerunt? Nonne Macedones ac Thessali superatis Persis usque ad Indiam bellando penetrarunt? Dacos autem et Moesos et Thracas in tantum bellicosos semper fuisse manifestum est, ut ipsum Martem fabulae apud eos natum esse confirmet. Longum est, si uniuersarum prouinciarum uires enumerare contendam, cum omnes in Romani imperii ditione consistant. Sed longae securitas pacis homines partim ad delectationem otii partim ad ciuilia transduxit officia. Ita cura exercitii militaris primo neglegentius agi, postea dissimulari, ad postremum olim in obliuionem perducta cognoscitur, nec aliquis hoc superiore aetate accidisse miretur, cum post primum Punicum bellum uiginti et quod excurrit annorum pax ita Romanos illos ubique uictores otio et armorum desuetudine eneruauerit, ut secundo Punico bello Hannibali pares esse non possent. Tot itaque consulibus, tot ducibus, tot exercitibus

(*De Regno* 14-15) recomendó relevar a los bárbaros de cualquier puesto de gran responsabilidad y planteó purificar el ejército esgrimiendo argumentos raciales desde nuestro punto de vista. En el imperio oriental, la amenaza goda fue conjurada sumariamente en varias ocasiones. Por ejemplo, después de la derrota en Adrianópolis, los comandantes recibieron la orden sellada de reunir a los soldados godos y matarlos (Amiano Marcelino XXXI.16.8; Zósimo IV.26). Otras purgas tuvieron lugar posteriormente, en 386 a.C., cuando un grupo de godos fue masacrado en Tomi; o en la revuelta contra Gainas en Constantinopla del año 400. Las autoridades orientales redujeron el porcentaje de germanos en el ejército y comenzaron a reclutar tropas indígenas de las zonas menos desarrolladas del Imperio, como los isaurios. Aunque parece difícil que pudiesen sustituir rápidamente a los otros efectivos, pero eran más fáciles de controlar. Durante algún tiempo, al acabar con algunos de los mejores sectores del ejército, el Imperio oriental se debilitó aunque, afortunadamente para los romanos, los hunos habían sido derrotados, la cuestión persa no fue un problema durante algún tiempo y la zona era más fácil de defender. De este modo consiguieron establecer, gracias a las armas y a la diplomacia, un sistema más eficaz y estable de protección que en la zona occidental.

En el imperio occidental no es tan fácil encontrar ese tipo de purgas y cambios bruscos y, si acontecieron, fueron muy leves. Por ejemplo, el 13 Agosto de 408, los romanos de la corte de Honorio masacraron a los germanos presentes en la misma (Zos. V.32.1-2), y finalmente acabaron por derrocar a Estilicón (Zos. V.34.1-4), lo que supuso una pérdida irreparable a corto plazo. Estilicón era un general capaz que había reunido a un gran número de soldados y al eliminarlo debilitaron al ejército en el peor momento, cuando las defensas de Roma estaban siendo puestas a prueba en varios frentes; además, no había casi posibilidades de llevar a cabo el reclutamiento de indígenas como en el Este. Por consiguiente, a la vista de las dificultades, el ejército occidental no dejó de reclutar bárbaros y nunca los eliminó; de hecho, ascendieron hasta los puestos más altos, pese a que no llegaron a ser asimilados de forma satisfactoria.⁶¹

amissis, tunc demum ad uictoriam peruenerunt, cum usum exercitiumque militare condiscere potuerunt. Semper ergo legendi et exercendi sunt iuniores. Uilius enim constat erudire armis suos quam alienos mercede conducere.»

61 Shouthern y Dixon, 2014, pp. 51-52.

4. CONCLUSIONES

Los romanos mostraron una especial capacidad para integrar en su sistema a ciudades y grupos étnicos y regionales que no tenían por qué estar dentro del territorio del Imperio. Ello también afectó a los bárbaros asentados allende las fronteras imperiales, que fueron asimilados como soldados o granjeros y contribuyeron durante siglos a la estabilización de las líneas fronterizas romanas. No obstante, el procedimiento generó resistencia entre los godos instalados en 375 en la frontera danubiana, con la consecuencia de su rebelión y la batalla de Adrianópolis en 378 en la que cayó el emperador Valente. Esta violencia parece ser la excepción en una fórmula que buscaba la integración de los bárbaros en la sociedad romana como soldados y trabajadores rurales. Unos bárbaros que demostraron ser fieles al Imperio en la mayoría de ocasiones y que llegaron a ocupar puestos de responsabilidad, como son los casos de Arbogasto, Estilicón o Ricimero, e hicieron frente con mayor o menor efectividad a las crisis de los peores años del Imperio Occidental.

De lo que no hay duda es que después de Adrianópolis y de la batalla del Río Frígido resultó vital reconstruir los ejércitos de ambas partes del Imperio ya que buena parte de los antiguos contingentes perecieron en ambos campos de batalla, con los consiguientes problemas que ello supuso para las autoridades imperiales. No era únicamente una cuestión de pérdida de potencial humano, sino también un problema de entrenamiento; ello explica que hubiese más dificultades a la hora de reconstruir el ejército tras esas dos batallas que, por ejemplo, tras la pérdida de dos expediciones de Domiciano en Dacia. Los desastres militares también ocurrieron, ciertamente, en el Alto Imperio pero no condujeron a su colapso; sin embargo, en el Bajo Imperio, tras décadas de luchas, no existió posibilidad de un respiro, muy necesario para esa tarea.

El Imperio Oriental tuvo éxito en las purgas y redujo el tamaño de los contingentes bárbaros de sus ejércitos, sobrevivió gracias a una mezcla de fortuna y diplomacia y consiguió conservar las tradiciones romanas, aunque a la manera oriental. A ello contribuyó que su territorio era más homogéneo y fácil de defender, además de que el enemigo persa no acusó la desintegración que produjeron los bárbaros en Occidente.

Sin embargo, en la parte occidental del Imperio fue imposible llevar a cabo esta labor, puesto que la urgencia y gravedad constante de sus problemas la hicieron más dependiente aún de las tropas bárbaras. En esas circunstancias es imposible que el proceso de entrenamiento y romaniza-

ción fuese operativo; y la falta de entrenamiento resultaba irreparable con el tiempo. Investigadores en historia militar como Delbrück⁶² sostuvieron en sus estudios que la supremacía romana sobre sus atacantes se basaba en el entrenamiento y las formas de combate organizado; cuando esta base desapareció, desapareció la superioridad romana, quedando en igualdad de condiciones que sus contrarios. En este sentido, no es accidental que Vegecio insistiese en la importancia de la disciplina y el entrenamiento, que habían hecho que Roma conquistase el mundo. El entrenamiento requería la presencia de veteranos entrenados en las unidades de nuevos reclutas, de manera que su origen no tenía demasiada importancia. La romanización de estos bárbaros en el ejército implicaba la asunción de la cultura romana y su ascendente. No obstante, las bajas causadas por las batallas de Adrianópolis y el Río Frígido provocaron que la base instructiva se desvaneciese pues con la vida de los veteranos desapareció la columna vertebral del sistema militar romano al mismo tiempo que lo hacía su capacidad romanizadora e integradora. En conclusión, como señala Rocco:

In generale, l'inclusione, nei ranghi e tra gli ufficiali, di una crescente percentuale di soldati nati fuori dall'impero o da barbari immigrati, continuò ad essere compensata dal fatto che questi uomini erano inquadrati in una disciplina e tradizione militari ancora solide. Finché l'impero poté assoggettare i barbari alla propria cultura marziale, per quanto trasformata e innovata, le armi romane mantennero una buona efficienza. Gli eventi successivi ad Adrianopoli, invece, avrebbero mutato gli equilibri, ponendo fine al secolare processo di assimilazione svolto dall'esercito.⁶³

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARNWELL, Paul S., 1992, *Emperor, prefects and kings. The Roman west (395-565)*. London, Duckworth.
- BURNS, Thomas S., 1984, *A History of the Ostrogoths*. Bloomington, Indiana University Press.
- GIBBON, Edward, 2006, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. Madrid, Turner. 4 vols.

62 Hans Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, 1920. (4 vols.)

63 Marco Rocco, *Persistenze e cesure nell'esercito romano dai Severi a Teodosio I: ricerche in ambito socio-politico, istituzionale, strategico*, Università degli Studi di Padova, 2012, p. 389.

- DELBRÜCK, Hans, 1920, *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, 4 vols.
- DEMANDT, Alexander, 1984, *Der Fall Roms: die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der Nachwelt*. München, Beck.
- DOPSCH, Alfons, 1982, *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea: de César a Carlomagno*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- GOFFART, Walter, 1989, *Rome's Fall and After*. London, Hambledon.
- GROSSE, Robert E., 1920, *Römische Militärgeschichte von Gallienus bis zum Beginn der byzantinischen Themenverfassung*. Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.
- HEATHER, Peter, 1997, «Foedera and foederati of the fourth century.» En Walter Pohl, ed., *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*. Leiden, Brill: 57-74.
- HEATHER, Peter, 2010, *Emperadores y bárbaros*. Barcelona, Crítica.
- LEE, A.D., 2007, *War in Late Antiquity: a social History*. Oxford, Blackwell.
- LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., 1991, *Barbarians and Bishops*. Oxford, Clarendon Press.
- PIRENNE, Henri, 1981, *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza.
- POHL, Walter, ed., 1997, *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*, Leiden, Brill.
- RICHARDOT, Philippe, 2005, *La fin de l'armée romaine (284-476)*. Paris, Economica.
- ROCCO, Marco, 2012, *Persistenze e cesure nell'esercito romano dai Severi a Teodosio I: ricerche in ambito socio-politico, istituzionale, strategico*. Padova, Università degli Studi di Padova.
- SHOUTHERN, Pat y Karen R. DIXON, 2014, *The late Roman army*. Abingdon, Routledge.
- STICKLER, Timo, 2007, «The Foederati.» En Paul Erdkamp, ed., *A companion to the Roman army*. Malden, Blackwell Publishing: 495-514.
- STROBEL, Karl, 2007, «Strategy and Army Structure between Septimius Severus and Constantine the Great.» En Paul Erdkamp, ed., *A companion to the Roman army*. Malden, Blackwell Publishing: 267-285.
- WHITE, Lynn T., 1966, *The Transformation of the Roman World. Gibbon's Problem after Two Centuries*. Oakland, University California Press.
- WIRTH, Gerhard, 1997, «Rome and its Germanic partners in the fourth century.» En Walter Pohl, ed., *Kingdoms of the Empire: the integration of barbarians in Late Antiquity*. Leiden, Brill: 13-56.
- WOLFRAM, Herwing, 1988, *History of the Goths*. Berkeley, University of California Press.